

ACISCLO.—(*Disculpándose.*)—El artículo cuatrocientos ochenta y seis...

DOCTORAL.—Vamos, señor don Tirso, un poco de valor en la adversidad...

TIRSO.—(*Levantándose aplanado.*)—No está casada, no... ¿Pero entonces cual es la situación legal de mi pobre hija?

ACISCLO.—Soltera.

DOCTORAL.—Soltera.

TIRSO.—(*Espantado como si no comprendiera.*)—¿Soltera?

ANTONIO.—¡No, don Tirso, no! ¡Casada! ¡Mal casada, si yo soy un mal marido! Siendo yo quien soy, bien casada ante Dios y ante los hombres.

DOCTORAL.—Ante nosotros, no.

ANTONIO.—Yo no hablo de ustedes; hablo de los que tienen entrañas y misericordia...

DOCTORAL.—(*Llevándose.*)—Valor, don Tirso, valor, que usted ha de confortar a los suyos y es usted el patriarca de la familia...

Mutis por la derecha el Doctoral y Acisclo, llevándose al desdichado patriarca...

Antonio queda inmóvil.

ESCENA IV

ANTONIO, el PADRE MUIÑOS, por el foro.

P. MUIÑOS.—(*Acercándose humildemente.*)—Buenos días, señor Marqués...

ANTONIO.—(*Cariñoso, pero triste.*)—Hola, Padre Muiños.

P. MUIÑOS.—¿Se reposó algo?... Pregunto por preguntar, que de sobra estoy impuesto en las inquietudes de la gran batalla de su espíritu...

ANTONIO.—De la gran derrota, Padre...

P. MUIÑOS.—Válgame la Virgen...—(*Reparando en el desorden de la ropa.*)—¿No se acostó?... ¿Por qué no se muda siquiera? Ya sé que no le importa en estos momentos... ¡pero le debe importar! ¡Si viera qué buena razón es un traje nuevo y un cuellecito limpio...! Hoy pasaron mis manteos hasta el mismo despacho del Señor Secretario de Cámara; nunca me ví en otra, señor Marqués... ¡Múdese, don Antonio, múdese; que le han de medir la firmeza del juicio por la hechura de la ropal

ANTONIO.—No me sorprendería...

P. MUIÑOS.—Y si quiere escuchar la voz de este clérigo humildísimo, que fué muy loco y ya

CAPILLA ALFONSO X

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. M. L.

lo tornaron en muy cuerdo... póngase el uniforme, si lo tiene, y las grandes cruces, si se las concedieron, que todo ello le dará brillo a la persona y el brillo es razón en muchos lugares oscuros de este pícaro mundo.

ANTONIO.—Lo sé, lo sé... ¿Y usted habló con el señor Cardenal?

P. MUIÑOS.—Hoy ha suspendido las audiencias; ya se ocupará de mí en otra ocasión, que lo mío no es de apuro... Lo de ustedes, lo de ustedes...

ANTONIO.—¿Sabe, Padre, que me amenazan con la prisión?

P. MUIÑOS.—¿Serán capaces?

ANTONIO.—No me causa ninguna zozobra, que yo tuve buen cuidado de no perder mi nacionalidad yankee, en previsión de que pasara cualquier día lo que ayer pasó.

P. MUIÑOS.—Hizo bien en prevenirse; que atropellan, atropellan...

ANTONIO.—Pero aun no existiendo temor personal a esta amenaza, es muy sensible el tener que precaverse, cuando uno debía ir seguro y confiado en la justicia y en los juzgadores.

P. MUIÑOS.—Pero eso no es. ¿Y sabe por qué no es? Porque son llamados a juzgarnos los

que no sufren, ni han de sufrir nunca, del mal de que les pedimos remedio. Puede que yo diga un dislate, que siempre anduve pisando por el error y muy vecino de la irreverencia; pero a mí me parece que debía de ser atinado y justo el que se formaran los Tribunales con personas que padecieran del mismo dolor que han de juzgar.

ANTONIO.—Eso es un delirio, Padre...

P. MUIÑOS.—Sí, señor. El delirio de que al hambriento lo juzgue quien tenga hambre; al millado quien no tenga puesto de soberbia; al perseguido quien no tenga hora tranquila...; y al que padece de amor y de pasión de amor, que no le juzgue ni lo sentencie quien ha renunciado voluntariamente a saber lo que es amor.

ANTONIO.—Entonces no condenarían a nadie y seríamos todos perdonados...

P. MUIÑOS.—¿Todos perdonados por tener lástima unos de otros?... Vendría a ser como si todos nos quisiéramos fraternalmente... y ese día, con seguridad que temblaba de satisfacción y de gozo El que marchó a pie enjuto por las aguas del mar y El que subió luego a la montaña para decirnos desde allá: amaos los unos a los otros...

ANTONIO.—Mal momento es para recordármelo...

P. MUIÑOS.—Perdone, señor Marqués. Equivocándome en las ideas, no es muy extraño que también equivoque los momentos. Múdese, múdese; que en esto erraré menos...

ANTONIO.—Igual me dá.

P. MUIÑOS.—Hágalo entonces por complacerme. Venga, ¿quiere?

ANTONIO.—Vamos...

(Mutis los dos, por la izquierda.)

ESCENA V

ALVARO, luego SANTA y PRIMITIVA, por el foro entra y aguarda, SANTA y PRIMITIVA por la derecha.

ALVARO.—¿Cómo están?

SANTA.—Figúratelo...

PRIMITIVA.—Han hecho levantar a la señorita y ahora quedan todos encerrados, aconsejándola y predicándola. Yo le voy a rezar un poco, don Alvaro, a ver si el Espíritu Santo les alumbrá los sentidos a esos señores, que a mi parecer le hay más peligro en esa reunión que en las mismas barrabasadas que hizo el señor Marqués.

SANTA.—No digas desatinos...

PRIMITIVA.—Puede que los esté diciendo, que yo no me las doy de sabidurías...; pero el miedo a la curia no se me le quita ni con los años.

SANTA.—Reza, reza, que será mejor.

PRIMITIVA.—A eso voy. Y a la puerta del cuarto, por si hago falta.

(Mutis por la derecha.)

ESCENA VI

SANTA y ALVARO

ALVARO.—La casa se hunde, Santa. Se acabó la paz y vienen las ruinas y la dispersión. ¿Qué va a ser de tí, Santa?...

SANTA.—No hables ahora de mí.

ALVARO.—Por ellos nada podemos hacer.

SANTA.—¿Nada?...

ALVARO.—Lamentarse, compadecerse... y decirselo; pero todo eso no vale la pena de creer que es algo a favor suyo.

SANTA.—¿Será irremediable el rompimiento?

ALVARO.—Irremediable.

SANTA.—¿Y anularán el matrimonio?

ALVARO.—Seguramente. Esa ley, que no hay para invalidar un matrimonio desdichado, como el tuyo, la habrá para deshacer un matrimonio feliz, como el de ellos.

SANTA.—Alvaro...

ALVARO.—¿Te salta a los ojos la injusticia, verdad? Y, sin embargo, te resignas. ¡Es inexplicable, Santa, inexplicable!—(Pausa. Volviendo al tono de razonamiento.)—La casa se hunde, es cruel... ¡conformes! Es inhumano... ¡conformes! Pero es evidente y hay que buscar otro refugio a toda prisa.

SANTA.—No lo tengo, Alvaro.

ALVARO.—Eso te digo; no lo tienes... ¡y hay que tenerlo!

SANTA.—Imposible. Aunque yo cometiera la locura de seguirte... ¿no ves tú mismo, en lo que está pasando aquí, que nadie nos justificaría?

ALVARO.—Nadie. ¿Pero quién te ampara de esos que no te justificarán? ¿Ninguno? Pues mira, Santa, preocuparse por la opinión futura de los que no te han de valer ni en lo futuro ni en el presente, me parece más loco todavía.

SANTA.—Es cierto, pero siquiera me consta que tengo la estimación de todos.

ALVARO.—¡Gran cosa tienes! Los pésames de las visitas, las palabras que te digan en la calle y las tarjetas del día del santo... ¡con bien poco te conformas!

SANTA.—Ya sabes tú que hay más.

ALVARO.—Sí, pero a ese más no quieres ir.

SANTA.—(Poniéndose seria.)—No.

ALVARO.—¿Y por qué no?... Escúchame, Santiña, escúchame. Si te queda una esperanza, una, por remota que sea, de poder encauzar tu vida con la honestidad complementaria de los contratos y de las fórmulas sociales, no hagas caso de mis ruegos y sigue adelante por el camino de esa esperanza. Si no te queda ninguna, y si en el fondo de tu alma tienes la evidencia de que eres libre y no haces traición a nadie... ven conmigo.

SANTA.—No, Alvaro; no.

ALVARO.—Y ni aun eso te pido tan siquiera. No vengas conmigo; que yo no sea para tí más que lo mismo, exactamente lo mismo, que soy ahora... pero marcha tú de Campanela.

SANTA.—¿Marchar de aquí?

ALVARO.—Campanela es tu enemigo... y el mío. Créeme, Santa; deja una ciudad que llora siempre con el agua de sus lluvias... que gime diariamente con el monótono son de sus campanas... que conserva gustosa los viejos caserones y los muebles viejos. Créeme, Santa; deja una ciudad que ama las nubes durante el día y los fantasmas durante la noche y elige una ciudad

CAPILLA ALFONSO SINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. M. B.

que goce en la luz y en el bullicio y que ame la alegría, que es el único bien de los mortales.

SANTA.—También Antonio habló hoy contra mi amada Campanela.

ALVARO.—Y Antonio, claro. Todo el que no sea de mármol o de granito ha de protestar contra la tristeza de las cosas que añaden a la vida una tristeza más, innecesaria y permanente.

SANTA.—Tú pensarás como gustes, pero yo no abandonaré la casa y menos cuando en ella sufren los que me quieren.

ALVARO.—Es que yo también te quiero y también sufro y también me marcho de aquí.

SANTA.—(Cogiéndole de un brazo.)—¡Alvarol...

ALVARO.—Ya he solicitado al Ministerio que me trasladen de guarnición para ver si concluyo de una vez con esta lucha absurda con lo imposible. Oyeme Santiña... óyeme, Santa; que como a una Santa, yo te pongo en mis adoraciones.

SANTA.—(Retrocediendo.)—No, no.

ALVARO.—(Avanzando.)—Te quiero...

SANTA.—No, Alvaro, no...

ALVARO.—(Cogiéndola de un brazo.)—Te quiero, Santiña mía.

SANTA.—(Espantada, pero sin moverse.)—¡Alvarol, Alvarol!

ALVARO.—(Abrazándola con delicadeza.)—Y por una palabra de cariño te daría la vida y aún te quedaba agradecido, Santa del corazón.

SANTA.—No, no, no.

ALVARO.—(Al verla sin acción la abraza con alma, y quiere besarla.)—Santa...

SANTA.—(Forcejeando.)—¡No! ¡No! ¡No!—(Cuando logra desprenderse, rígida y altiva, señalándole la puerta.)—Marcha.

ALVARO.—Perdóname...

SANTA.—Marcha.

ALVARO.—Fué un vértigo de amor... ¡Perdóname, Santa de mi alma!

SANTA.—(Impasible.)—¡Marcha!

ALVARO.—¡Santal ¡Santal ¡Santiñal!—(Al verla impasible, cambiando el tono de súplica por el de resolución firme.)—Marcho de aquí, de la casa, de Campanela...—(Pausa.)—Mándalo tú!

SANTA.—Marcha.

ALVARO.—¿Para siempre?

SANTA.—Para siempre.

ALVARO.—(Rígido también.)—Adiós, entonces... y perdona. Perdona, Santa de San Payo... Alma de mármol, voluntad de granito, corazón con nubes... ¡Santa de Campanela... perdónal

(Mutis por el foro.)

ESCENA VII

SANTA, un momento inmóvil, avanza lentamente, grave, pero vencida ya; al llegar a la puerta de la izquierda se echa a llorar convulsivamente y en silencio, apoyándose contra la pared. Pausa; luego, PRIMITIVA por la derecha.

PRIMITIVA.—Ya terminó la consulta de los sabios...—(Acercándose.)—¿Qué le pasa?

SANTA.—(Queriendo sonreír.)—Nada...

PRIMITIVA.—Bueno, creeré que nada.—(Mirando al balcón.)—¡Jesús, cómo llueve! Se le pega a una en los huesos y en la misma alma este caer agua tan seguido y le dan a una ganas de escapar de aquí buscando un pueblo más...

SANTA.—(Interrumpiéndola con ira.)—¡Calla!

PRIMITIVA.—(Asombrada.)—¿Qué dije de malo?... Mentira no fué, que yo sepa...

SANTA.—(Con su dulzura de siempre.)—No, no...; pero calla.

PRIMITIVA.—Bueno. Andan los nervios como tirabalas, ¿eh? No es usted sola...

ESCENA VIII

DICHAS: SOL y DOÑA ESPERANZA, por la derecha.

SANTA.—(Corriendo a ella.)—¿Qué te han dicho, Sol?...

SOL.—¿Qué han dicho, madre?

ESPERANZA.—Que la pobre no tiene culpa de nada, que son para ella todos los respetos y todas las consideraciones; pero que desde hoy desde ahora mismo, se ha de apartar de ese hombre; y si no lo hiciera desde ahora mismo, sería tan culpable como él.

SOL.—Más; dijeron más.

ESPERANZA.—Que los Tribunales castigarían el delito, reservándole a Sol todas las ventajas del cónyuge inocente.

SOL.—Eso no me importa.

ESPERANZA.—Y que para evitar la vergüenza de la cárcel y del pleito mismo le propondrán que se ausente, comprometiéndose por escrito a no volver a Campanela.

SOL.—Más, más; dijeron más. Que no estoy casada: que no lo estuve nunca...

PRIMITIVA.—(Persignándose.)—¡Jesús, Marial...

SOL.—¡Y en eso mienten por la boca!

ESPERANZA.—¡Soll! Que hablas de personas respetabilísimas...

SOL.—De ellos hablo y ellos mienten.

PRIMITIVA.—¡Claro que mienten!

ESPERANZA.—Tú a callarte, ¿eh?...

SOL.—No estaré ya casada, si las leyes deshacen mi matrimonio... ¿pero que lo estuve? ¡¡Con todas las leyes, con todos los sacramentos y con toda la santidad de lo que se hizo a conciencia y con el buen consejo de mis padres, de mis jueces y de mi confesor!!

PRIMITIVA.—(A media voz.)—Claro que sí...

SANTA.—(Abrazándola.)—Sol, Sol...

ESPERANZA.—Bien, bien... Tiempo tendremos para discutir lo pasado. Vamos a lo presente. Llama al que fué tu marido y que él escoja entre salir de la casa o que salgamos nosotros.

SOL.—(Decayendo de súbito en sus energías.)

—Luego, madre...

ESPERANZA.—No. Inmediatamente.

SOL.—(Acongojándose.)—Luego, luego...

ESPERANZA.—No. Es preciso afrontar la situación de una vez.

SOL.—¡Ay, madre!

—(Agobiada, se deja caer en la butaca, llorando silenciosa.)

con la cara escondida entre las manos.

SANTA.—¿Quiere usted que le hable yo?...

ESPERANZA.—(Suavemente.)—Ha de ser ella... Debe quedar resuelto hoy lo de los hijos, lo de la ausencia..., todo. A ver si quiere Dios, por lo menos, evitarnos el sonrojo del escándalo...

PRIMITIVA.—(A media voz.)—No se desespere, señorita; no se desespere...

SANTA.—Ella lo verá, sí; pero déjela un momento...

ESPERANZA.—¿Qué adelantamos con aplazarlo?... Más intranquilidad, más angustia... y seguir en pecado mortal, mientras se viva bajo el mismo techo. ¿No lo comprendes, Santa?

ESCENA IX

DICHOS y el PADRE MUIÑOS por la izquierda.

P. MUIÑOS.—Dispensen que yo les interrumpa... Vengo mandado por el señor Marqués de Montrove.

ESPERANZA.—¿Qué quiere?

P. MUIÑOS.—Está ya vestido para abandonar la casa...

(Sol se levanta vivamente.)

mirando ansiosa al Padre Muñós: éste se desconcierta, baja la mirada y ya no se atreve a alzarla en todo el resto de la escena.)

ESPERANZA.—(Reprendiéndola a media voz.)
—¡Soll—(Pausa.)—Concluya su recado, Padre Muñós.

P. MUIÑOS.—Decía yo... decía yo que está dispuesto a dejar la casa para mayor sosiego de ustedes; pero antes quiere despedirse de la señora Marquesa.

ESPERANZA.—No necesitamos despedidas.

P. MUIÑOS.—Fué una expresión torpe... No dijo despedida el señor Marqués, dijo conferencia, entrevista.

ESPERANZA.—¿Exclusivamente para tratar asuntos?

P. MUIÑOS.—Asuntos, sí, señora.

ESPERANZA.—¿Y sin mezclar una palabra inoportuna de afecto ní de perdón?

P. MUIÑOS.—Yo no puedo garantizarle a usted lo que recíprocamente se dirán.

ESPERANZA.—Por Sol responde su madre.

P. MUIÑOS.—Y yo... si consideran que yo soy alguien... les confirmo la actitud respetuosa y

conciliadora del señor Marqués de Montrove.

ESPERANZA.—Terminemos. Diga usted que le aguardan y que le agradecerán los minutos que ahorre de esta penosa entrevista.

P. MUIÑOS.—Se lo diré. Y dispénsenme todos, que mandado vine y mandado voy.

(Mutis por la izquierda.)

ESPERANZA.—Quiero hacerte el merecido favor de figurarme que no necesitas de la presencia de nadie para conservar tu dignidad de mujer y tu orgullo de madre. Vete. Primitiva. Vamos Santa.

(Mutis por la derecha.)

SANTA.—(A quien Sol coge vivamente como para que no la abandone; desprendiéndose blandamente.)—Ten ánimo.

SOL.—(Dejándose desprender.)—A la fuerza lo tendré.

(Mutis por la derecha, Santa.)

ESCENA X

SOL y PRIMITIVA.

PRIMITIVA.—Yo no la voy a dar consejos, señorita, ni sé yo quién tiene razón entre todos los que se la quitan unos a otros; pero que tiene us-

CAPILLA ALFONZINA
BIBLIOTECA

BIBLIOTECA
M. A. N. L.

ted razón, a mí no me cabe duda ninguna, señorita.

SOL.—¿En qué la tengo?

PRIMITIVA.—En lo que usted dice de ser casada.

SOL.—Lo fui.

PRIMITIVA.—¡Y lo es! A mí no me lo va a contar nadie, que lo vi yo con mis ojos. ¡No vi yo que los bendijo el señor Cardenal! ¿Y entonces por qué pelean?

SOL.—Porque tenía ya otra mujer.

PRIMITIVA.—Pues que deshagan lo de la otra.

SOL.—Fué primero que yo.

PRIMITIVA.—Peor para ella; que en amores, la segunda es la que se lleva la palma sobre la primera. Y además, ¿dónde fué? En la América, ¿verdad? ¿Y va a ser mejor y más cristiano lo que hicieron los herejes que lo hecho en la Santísima Iglesia Catedral Metropolitana? ¡Sólo me faltaba ver eso en este mundo!

SOL.—Pero Antonio cometió un delito...

PRIMITIVA.—Allá él y que lo echen a presidio a él y más a todos los americanos; pero usted, casada y requetecasada y muy dignamente casada por el señor Arzobispo y en la Santa Catedral, que lo vi yo.

SOL.—Tú dices la verdad, que las leyes no pueden borrar los años de vida íntima, ni los hijos, ni...

PRIMITIVA.—(Interrumpiendo.)—Ni el amor que se tienen ustedes dos.

SOL.—¡Nol ¡Amor, ya no, Primitiva!

PRIMITIVA.—¿Y cómo no?... Por muy criminal que sea una persona, como no peque contra el amor, se le irá todo lo del mundo, pero el amor no se le va y echa a andar tras de él...

SOL.—¡Cállate, cállatel!

PRIMITIVA.—Bueno que yo me calle; pero la verdad es verdad, lo mismo si la digo que si no la digo... y cuando usted platique con él, háblele de casada, que lo es. ¡Crémelo a mí, que lo es!

SOL.—Vete, vete...

PRIMITIVA.—Y no se asuste demasiado, que ya le fui yo de madrugada a ponerle un cirio grande a San Miguel y otro más pequeño al... que está abajo, ¿sabe?...?

SOL.—Sí, vete, vete...

PRIMITIVA.—No pase miedo, que por ahí le vamos muy seguros. ¡Crémelo!

(Mutis Primitiva, por el foro.)